

I. El estilo de Jesucristo en el obrar de Santa Catalina

El estilo de vida de Santa Catalina de Siena fue desde un principio pobre y penitente, marcado por un arrasador empeño apostólico en el que muchos laicos, religiosos y sacerdotes la siguieron. En ella se conjugan admirablemente su extraordinaria experiencia mística, con una dedicación inexhausta a los más necesitados y sufridos. De modo que aun teniendo un estilo propio, que se mostraba en todo su ser y su hacer, por su contacto familiar con el Verbo Encarnado se puede decir que adquirió *el estilo de Jesucristo*.

La fuerza y la fantasía de su caridad se revelan a través de las más audaces iniciativas en favor de todas las categorías de personas. De allí que su ejemplo se nos revele de extraordinaria actualidad, por su modo de relacionar el amor de Dios con el del prójimo.

Doble precepto del amor que se encuentra explicado claramente en el *Diálogo de la Divina Providencia*¹ en donde Nuestro Señor le dice que nos ha puesto en medio al prójimo para que hagamos en él, lo que no podemos devolverle a Dios del amor que nos ha tenido; de manera que amando al prójimo sin esperar de éste ninguna utilidad, devolvamos de algún modo a Dios el amor que nos reclama.

II. Nuestro Señor le ordena explícitamente que se dedique al bien del prójimo

Cuenta el Beato Raimundo de Capua², (quien fuera el confesor y guía espiritual elegido por la santa en los últimos 6 años de su vida 1374 -1380, así como a la vez su hijo espiritual e intérprete ante el Papa) que Nuestro Señor había derramado a manos llenas sobre su esposa favorita las dulzuras de su gracia. Había ejercitado su espíritu en el combate y en la victoria; le había impartido sus admirables instrucciones y enriquecido con virtudes superiores y que por lo tanto, un alma que brillaba con luz tan esplendorosa no podía permanecer oculta. La esposa estaba ya en condiciones de devolver con intereses los talentos que el Señor le había confiado. «Abre para mí -se le dijo- las puertas de las almas de modo que yo pueda entrar en ellas. Abre el camino por donde mis ovejas irán en busca de alimento, del celestial tesoro de la verdad y de la gracia. Ábrelo para mí, hermana mía, por analogía de naturaleza; amiga mía, por la caridad interior; paloma mía, por la sencillez del espíritu; inmaculada mía, por la pureza de alma y cuerpo». Y que Santa Catalina respondió a este llamado, si bien muchas veces le confesó que, cuando el Señor le ordenaba dejar su celda y conversar con los hombres, experimentaba un dolor tan grande que le parecía estar a punto de rompersele el corazón.

Es interesante constatar sin embargo que Nuestro Señor no la introdujo gradualmente en la vida activa sino después de la alianza mística que se dignó contraer con ella. No la privó, de sus comunicaciones celestiales, como relata el Beato, sino que por el contrario, las aumentó para ir conduciéndola lentamente a un más alto grado de perfección.

Con frecuencia, en sus apariciones, después de haberle hablado de Él y de su reino y de revelarles alguno de sus secretos, después de haber recitado los salmos con ella, le decía: «Vete; es la hora de la comida; tus parientes van a ocupar su lugar en torno de la mesa. Ve a estar con ellos y luego volverás conmigo». Y al oír estas palabras Santa Catalina solía estallar en sollozos. «Si he ofendido a tu majestad -decía-, aquí está mi cuerpo miserable; castígame inmediatamente; yo lo sufriré todo, pero no me hagas estar separada de Ti un solo instante. ¡Oh amado mío! ¿Qué

¹ Cf *Il Dialogo Della Divina Provvidenza*, Edizioni Cantagalli, Siena, 2011, cap. LXIV, p. 133.

² Cf. Beato Raimondo da Capua, *Vita di Santa Caterina da Siena, Legenda Maior*, Paoline, Milano 2013, n. 119-122, p. 144-149.

tengo yo que hacer en la mesa? Tú sabes muy bien que yo me alimento con una comida, que esos con quienes me ordenas tomar asiento no conocen. ¿Es solamente en el pan donde el hombre encuentra su alimento? Las palabras que salen de tu boca ¿no comunican mayor vigor y más grandes energías al alma del peregrino? Tú sabes mejor que yo que he huido de la compañía de las criaturas para refugiarme en ti, mi Dios y mi Señor. Y ahora que he conseguido tu gracia a pesar de lo indigna que soy de ella, ¿debo abandonar este inestimable tesoro para mezclarme de nuevo en los asuntos del mundo, para caer otra vez en mi antigua ignorancia, acaso para hacerme indigna de ti? ¡Oh, no!, tu infinita bondad jamás me ordenará nada que pueda separar mi alma de ti». Y los sollozos la interrumpían, arrojándose entonces a los pies del Salvador con la esperanza de que él consintiese en que se quedase. Y continuaba narrando el Beato Raimundo que, al llegar a este punto el Señor le hablaba si no con estas mismas palabras, al menos con su significado:

«Cálmate, mi amada hija; ten presente que tú debes cumplir toda justicia y hacer que mi gracia fructifique en los demás. Muy lejos de querer que te separes de mí, lo que deseo es unirme más y más a ti por medio de la caridad para con tu prójimo. Tú sabes que mi amor tiene dos mandamientos: amarme a mí y amar a tu prójimo. Pues yo quiero que cumplas con estos dos preceptos. No olvides que en tu juventud el celo por la salvación de las almas, que yo coloqué y fomenté en tu corazón, te llevó hasta acariciar la idea de disfrazarte de fraile predicador con el fin de trabajar así por la salvación de las almas. ¿Por qué, entonces, te admiras y te quejas de que yo te conduzca hacia donde deseabas ir y que fue la causa de que tomases el hábito de Santo Domingo, el celoso fundador de una orden, que tiene como finalidad la salvación de las almas?».

Entonces cuenta que Santa Catalina decía: «Señor, no se haga mi voluntad sino la tuya; yo no soy más que tinieblas y tú eres la luz; yo soy nada y tú eres; yo soy ignorancia y tú eres la sabiduría del Padre».

Y Nuestro Señor le contestaba que no tardase en obedecerle, que quería que apareciese en público; prometiéndole: «Yo te acompañaré en todas las ocasiones; continuaré visitándote y te diré lo que tienes que hacer».

De donde relata que oídas estas palabras, Santa Catalina se postró a los pies del Divino Salvador e inmediatamente salió de su celda para dirigirse a la habitación en donde estaba reunida su familia.

Así, la Santa aprendió a estar corporalmente con las criaturas, para en espíritu, jamás dejar de permanecer con el Criador.

III. Algunos ejemplos de sus obras de misericordia³

Asegura también en su relato el Beato Raimundo de Capua que Santa Catalina sabía bien que la mejor manera de agradar al Divino Esposo es ser caritativo con el prójimo y que el corazón de la Santa ardía por ello en deseos de socorrer todas sus necesidades. Pero habiendo prometido observar los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, no podía disponer de lo que pertenecía a otros sin su consentimiento. Por consiguiente pidió a su padre que le permitiese usar en beneficio de los necesitados, de una parte de las riquezas que había otorgado Dios a su familia, a lo que el padre accedió de muy buen grado porque veía con toda claridad que su hija estaba avanzando por el camino de la perfección. Y no sólo le dio el permiso, sino que anunció a todos los de la casa, la concesión que había hecho a su hija: «Que nadie impida a mi querida hija dar limosnas; le doy completa libertad y si ella quiere, puede dar todo lo que hay en esta casa».

Santa Catalina usó en forma casi literal el permiso que había recibido. Sin embargo, tenía el don del discernimiento y daba solamente a aquellos que sabía se encontraban en verdadera necesidad, y cuando encontraba a uno de éstos no esperaba a que le pidiesen, sino que ella se les adelantaba.

³ *Ibidem*, n. 131-155; p. 157-183.

Estaba en relación con algunas familias pobres que vivían cerca de su casa y que tenían vergüenza de pedir limosna a pesar de la gran necesidad en que se encontraban. Ella, imitando a San Nicolás, se levantaba por la mañana muy temprano y les llevaba pan, vino, aceite y cualquier otra cosa que necesitaban. Como no avisaba antes, las puertas estaban cerradas por lo general, pero Dios se las abría de una manera milagrosa. Dejaba las provisiones y volvía a cerrar la puerta sin hacer ruido, volviendo después a casa sin que nadie se hubiese enterado de la buena obra que acababa de realizar.

Era muy compasiva con las necesidades de los pobres, pero su corazón era más sensible aún ante los sufrimientos de los enfermos. Para aliviarlos realizaba cosas verdaderamente increíbles, como aquella admirable que de ella se narra, en que, por vencer la repugnancia que le daba el curar la horrenda úlcera de una enferma a la que asistía diariamente, hundió en la llaga boca y nariz hasta que la náusea se hubiese extinguido, para vencer así las insidias del enemigo.

Conclusión

Como expresaba San Juan Pablo Magno en su Carta Apostólica, “el impulso interior del Maestro Divino despertó en ella una especie de humanidad creciente. Por lo cual, aunque era hija de artesanos y analfabeta por no haber tenido estudios ni instrucción, comprendió, sin embargo, las necesidades del mundo de su tiempo con tal inteligencia que superó con mucho los límites del lugar donde vivía, hasta el punto de extender su acción hacia toda la sociedad de los hombres; no había ya modo de detener su valentía, ni su ansia por la salvación de las almas”⁴.

Pidamos a la Virgen Santísima nos alcance la gracia de arder en celo por las almas como esta gran Santa, sirviendo también nosotras en el prójimo más necesitado al Esposo Divino, sin pretensiones de recibir de éstos ninguna utilidad, por el contrario, buscando solamente con nuestro servicio, el devolver de algún modo a Dios el amor que nos reclama.

⁴ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Amantissima Providentia*, parte I.